

## Recuerdo de Don Manuel González-Meneses en el centenario de su nacimiento

Por Manuel MORA MAZORRIAGA

Con motivo del centenario de su nacimiento, cumplimos un deber de justicia al evocar la noble figura de don Manuel González-Meneses, pedagogo ilustre, ligado a la época más gloriosa y floreciente del Instituto-Colegio de Cabra, por lo que esta ciudad tiene contraída con él una deuda de gratitud que no debe olvidarse.

El sábado 8 de julio de 1871 se casaron en Sevilla don Antonio González García de Meneses y doña Trinidad Jiménez Ramos. Y el 15 de abril de 1883, en la paz campesina de la Cueva de la Mora, del término de Almonaster la Real (Huelva), donde don Antonio dirigía las minas, como ingeniero, vino al mundo don Manuel González-Meneses Jiménez. A los tres años se trasladó con su familia a Sevilla. Allí cursó el bachillerato, que terminó a sus trece años. Poco después de cumplidos los dieciocho, y con nota de sobresaliente en la licenciatura, acabó la de Ciencias Exactas en la Universidad Central.

En 1903 contrajo matrimonio con doña Natividad Rodríguez Muñoz y en 1905 hizo oposiciones a una cátedra de matemáticas. Las pruebas duraron un año y obtuvo el número uno. Fue destinado al Instituto de Huelva como catedrático numerario, mientras su familia continuaba en Sevilla, donde nacieron sus cuatro hijos varones. Tres años después, se produjo una vacante en el primer centro docente de Cabra y por concurso de traslado se le nombró titular de la cátedra de matemáticas. En Cabra nacieron sus cuatro hijas.

A propuesta del claustro de profesores, fue nombrado, en abril de 1916, director del Instituto de «Aguilar y Eslava» y rector del Real Colegio de la Purísima Concepción, cargos que desempeñó con acierto durante catorce años. Por la eficacia de su gestión elevó a estos centros a

una altura que jamás habían conocido. Su sólida formación, su vasta cultura, sus profundos conocimientos científicos y sus dotes pedagógicas, puestas al servicio de la casa, la rodearon de tan sólido prestigio que un ministro de Instrucción Pública calificó a dicho Instituto «como uno de los primeros, si no el primero de España». En él se daban con gran frecuencia conferencias científicas y de arte; se realizaban excursiones instructivas, se proyectaban cintas de carácter recreativo y pedagógico; se inculcaba a los alumnos la afición a la música clásica, para lo cual se les ponían discos de los mejores compositores durante el almuerzo y la cena. Y todo esto en una época en que estos medios educativos —hoy tan frecuentes— no se usaban en ningún centro docente de España. Como reconocimiento a su labor se le concedió la Encomienda de la Orden de Alfonso X el Sabio.

Trabajador infatigable, con más de cuarenta años comenzó, por libre, los estudios de farmacéutico, licenciándose en poco más de dos años. Entonces abrió en Cabra una oficina de Farmacia y poco después un laboratorio de especialidades que él atendió personalmente hasta su muerte.

Su afición a los buenos libros sentida desde la infancia, que nunca le abandonó, aumentó día a día su gran cultura. En 1927 ingresó como académico correspondiente en la Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes. Fue un amante de la buena música, un gran musicólogo y además llegó a tocar el violín con singular maestría. En su juventud cultivó la pintura, habiendo alcanzado en el dibujo a pluma una rara perfección. También dominó el arte de la fotografía y el manejo del tomavistas con el que captó no pocos aspectos de la vida de Cabra, perpetuados en muchas películas suyas.

Dejó alumnos a millares que se estremecieron de dolor al saber el tránsito del que les hizo trabajar para llevarlos por el camino del estudio a ser ingenieros, médicos, abogados, farmacéuticos, catedráticos...; pero nosotros queremos destacar una faceta que por sí sola merece nuestra gratitud: su amor a Cabra, este bello rincón andaluz que él adoptara para vivir y morir en él. Nació —como queda dicho— en Almonaster y se crio en la ciudad del Betis. Pues bien, ni el pintoresco pueblo onubense con ser su patria chica ni Sevilla con ser Sevilla, representaban para él lo que Cabra. En el decurso de su vida docente pudo conseguir, repetidas veces, una cátedra de una capital de provincia, que si bien su Instituto no tendría la importancia que él dio al egabrense, sus hijos habrían gozado de más facilidades para cursar las disciplinas de las carreras que siguieron. Pero ¡cualquier día abandonaba Cabra el ilustre maestro!. ¿Cómo iba a pasar sin la Fuente del Rfo?. ¿Cómo podría vivir sin escuchar el canto rumoroso del agua al discurrir por las acequias de nuestras huertas?. ¿Cómo pasaría sin subir a la cumbre de Simblia, para admirar desde el Balcón de Andalucía aquellos incomparables paisajes?.

Allí en el álbum de la Casita Blanca expresó, repetidas veces, su identificación con la obra que entonces iniciara —sin muchas muestras de comprensión— nuestro buen padre, con frases tan cariñosas que si no hubiera otros motivos, ellas bastarían para que le guardásemos imperecedera gratitud.

El pueblo egabrense, por medio de su Ayuntamiento, en recuerdo de su ingente labor en pro del Instituto-Colegio y su gran amor a nuestra ciudad, acordó dar su nombre a una importante avenida de la población.

En plena madurez, cuando podía rendir cuantiosos frutos, dejó definitivamente este mundo al comenzar el 1946. En noviembre del año anterior enfermó de terrible mal, pero siguió dando sus clases hasta las vacaciones navideñas. Y el 9 de febrero del 46 falleció en Cabra rodeado de sus hijos y nietos, cuando aún no había cumplido 63 años.

Y en el cementerio egabrense de San José, adonde fueron acompañados por el dolor de un pueblo que los siguió entristecido, aguardan la resurrección los restos del docto catedrático don Manuel González-Meneses, cuya vida, fecunda y edificante, hemos querido evocar iluminada con la luz del recuerdo, efusivo y cordial, del más modesto de sus alumnos.

